

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MÉXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, EN LA III REUNIÓN DE LOS JEFES DE ESTADO Y DE GOBIERNO INTEGRANTES DE LA INICIATIVA DE PAZ Y DESARME

Distinguidos jefes de Estado y de gobierno; señoras y señores:

En nombre del pueblo y del gobierno de México, deseo agradecer al primer ministro Ingvar Carlsson su amable invitación para reunirnos en Suecia, a fin de reafirmar el compromiso que nos une en favor del desarme y de la paz. El hecho de que seamos ahora huéspedes de este gran pueblo, el pueblo de Olof Palme, que ha luchado tantas veces en favor de la libertad, garantiza el éxito de esta nueva reunión cumbre. Al lado de Olof Palme hemos de invocar también el nombre de Indira Gandhi para rendir homenaje a la memoria de dos estadistas sin cuya entrega a la causa de la paz y de la dignidad del hombre y de las naciones, nuestra tarea hubiera sido mucho más difícil.

Es útil recordar que, en 1984, el silencio agudizaba las tensiones entre las potencias nucleares y que la carrera armamentista aceleraba su paso amenazando con destruir toda forma de vida. Por ello fue propósito inicial nuestro alentar el diálogo y la comunicación entre las dos grandes potencias. Hoy podemos afirmar que nuestro empeño no fue en vano y que trabajamos en la dirección correcta.

El acuerdo firmado en Washington el pasado 8 de diciembre, que eliminará los misiles de alcance corto e intermedio, es para la comunidad internacional motivo de optimismo y aliento. Se prueba así que con voluntad política es posible vencer los más serios obstáculos en el camino de la seguridad.

Por primera vez desde el inicio de la era nuclear se ha roto el mito de que la paz sólo es posible mediante la disuasión por el terror. Ahora podemos hablar de desarme en el sentido estricto del término: se ha escuchado la voz de la razón y todos hemos dado un paso significativo hacia el entendimiento. Las potencias nucleares han reconocido, al fin, que es el diálogo, y no el arsenal de la destrucción, el medio más eficaz para fomentar la confianza mutua. Han comprendido también que la negociación y la conciliación de intereses eliminan la necesidad de armarse. Recogen así el vasto clamor de los hombres y mujeres del mundo que durante más de cua-

tro décadas repudiaron el uso de la fuerza y la amenaza de la conflagración.

Las potencias nucleares asumen su papel como protagonistas en el proceso de desarme, pero no por ello queda disminuida o liberada la responsabilidad de países como los nuestros. Al contrario, sobre nosotros pesan hoy diversos compromisos.

En primer lugar, y en un horizonte próximo, hemos de insistir que se suspendan los ensayos nucleares y que se evite la carrera armamentista en el espacio ultraterrestre.

Asimismo, hemos de esforzarnos hasta el límite de nuestras posibilidades, en que el diálogo político lleve a una disminución efectiva de tensiones que permita resolver los enfrentamientos que agobian al mundo en desarrollo. No debemos olvidar que los conflictos armados convencionales, además del dramático desgaste y sufrimiento que causan a los pueblos, representan el detonador eventual de conflictos más amplios y difíciles, inclusive de carácter nuclear.

Reconozcamos además que en materia de verificación se lograron avances sustanciales en el acuerdo del 8 de diciembre. Es sin duda promisorio la flexibilidad que permitió pactar los procedimientos de verificación que ahí se consignan. No olvidemos que el argumento técnico se esgrimió otras muchas veces para eludir compromisos y negociación. Así comprenderemos mejor, en su verdadera dimensión, el alcance del acuerdo, que indica además el papel activo que debemos y podemos desempeñar los países no nucleares en el proceso de la eliminación de todas las armas nucleares. La propuesta de verificación que hicimos Los Seis en Ixtapa, México, no encuentra ahora obstáculo alguno, salvo el de la decisión política de las grandes potencias.

El mismo acuerdo permite ver en perspectiva la magnitud de lo que falta por hacer. Sólo se eliminará una parte menor de las ojivas nucleares existentes; apenas se desvanecerá la punta del enorme iceberg de la destrucción. Sin embargo, el acuerdo tiene una importancia cualitativa en la medida en que se han establecido compromisos para desmantelar cohetes nucleares y se

reconoce que es una primera etapa de un amplio y más profundo proceso de desarme. También, por primera vez, se acepta el principio de la asimetría para alcanzar acuerdos de desarme. Este es un precedente de inmensa importancia para el futuro.

Por nuestra parte, continuaremos con el esfuerzo emprendido. La paz es responsabilidad de todos. Marginalarnos sería comprometer el destino de las generaciones futuras. Nos preocupa que los intereses vitales de los pueblos, y desde luego de las naciones no nucleares, queden debidamente reflejados en las próximas negociaciones. Nuestra iniciativa ha de seguir adelante como testimonio vivo de que todos los pueblos están involucrados en el proceso del desarme, ya que de ello depende su existencia misma.

Insistimos también en que amplíen su labor por el desarme y cobren mayor importancia los foros multilaterales: la voz del mundo no nuclear debe ser escuchada a través de los mismos. En esta hora de decisiones cruciales hemos de sumar fuerzas y voluntades y de buscar conjuntamente la seguridad y la paz a las que aspiramos.

Dentro de unos meses se celebrará la III sesión especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicada al desarme. Aprovechemos la ocasión para encauzar coincidencias bilaterales y multilaterales que ayuden a garantizar el derecho a la vida de todos los pueblos.

Reiteremos además que existe una grave deuda con el mundo en desarrollo. Recursos valiosísimos se han derrochado en la acumulación de arsenales que han de ser destruidos. El mundo corre el riesgo de caer en una profunda y riesgosa recesión económica. No desoigamos los avisos que ya se gritan. Está en juego la seguridad de todos —débiles y poderosos; ricos y pobres. En esta hora en que triunfa la razón, el proceso de desarme puede rendir los frutos que requiere el bienestar de los pueblos.

Insistimos también en la necesidad de eliminar el armamentismo convencional, tanto en el mundo industrializado como en los países en desarrollo que con urgencia necesitan sustituir armas por progreso económico y social. Sólo así lograremos la verdadera seguridad en un marco de progreso para todos.

El silencio ha cedido su lugar al diálogo. Es este un avance significativo desde que lanzamos la Iniciativa para la Paz y el Desarme, en mayo de 1984. Para cumplir con nuestro compromiso seguiremos afianzando lazos de solidaridad con todos los gobiernos, pueblos, organizaciones e individuos que comparten el mismo propósito. Nuestra voz seguirá escuchándose como expresión del instinto de vida que ha de imponerse definitivamente al instinto de muerte. El conflicto final será en contra de las armas. Estamos ciertos de nuestra victoria.

Estocolmo, Suecia, 21 de enero de 1988.